

## Giulia, la *professoressa*, en el recuerdo

CARMELA PÉREZ VIDAL

Giulia fue profesora de literatura de enseñanza secundaria en una escuela privada de Barcelona durante el período en que por indiferencia u hostilidad de raíz política no pudo enseñar en la universidad. Ese episodio, que quizás inicialmente fue doloroso para ella, me permitió sin embargo una experiencia intelectual inimaginable, que más tarde se convertiría además en una gran lección en el terreno profesional de la enseñanza. Creo que para ella también resultó mejor de lo que en un principio imaginó, pues diversas relaciones que allí se iniciaron se mantuvieron más allá de escuelas y trabajos....

Yo tenía 15 años, hacía quinto de bachillerato. Mi hermano y yo íbamos a la misma clase. Aquella tarde «tocaba» la primera lección de literatura con una profesora nueva en la escuela. Giulia Adinolfi entró en el aula, se sentó a la mesa y organizó sus papeles (la mayor parte del profesorado no se sentaba a la mesa, deambulaba, y no «llevaba papeles»). Se la veía pequeñita al otro lado de la mesa, desde la sexta o séptima fila donde yo me sentaba en una de las sillas individuales del aula. Su estilo en general en seguida me pareció «distinto». Me fijé en su atuendo, llevaba un traje sastre sobrio y muy elegante, y una pañoleta amarilla preciosa, corta, anudada al cuello, de seda italiana, que bastantes años más tarde me dejaría de recuerdo.... Estaba bastante seria, y con aquella presencia a medio camino entre la serenidad y la intensidad que para mí siempre tuvo. Querida Giulia.

No sé si era la última o la penúltima hora, cuando ya sentías que permanecer callada, y no digamos ya pensar, era un gran favor que hacías a quienes habían inventado nuestros interminables horarios escolares. Yo no podía imaginar que aquella clase iba a ser tan diferente a cualquiera de las que había tenido hasta entonces; que aquella clase, a pesar de la hora, y en una hora,

me iba a mostrar una nueva perspectiva desde la que ver el mundo, e iba a cambiar mis referentes de lo que era enseñar.

Yo creo que no sólo me sucedió a mí. Recuerdo perfectamente, con absoluta viveza, el sentimiento general que reinó en el aula cuando ella acabó de hablar. Yo en concreto me sentí atornillada a mi silla de madera negra, no me podía despegar, oía murmullos a mi alrededor pero mi cabeza iba a toda pastilla. Fue una sensación a la vez física y psicológica, como después de ver una película que te impacta, que te ha tenido en vilo hasta el final. En los meses posteriores lo comentamos entre nosotros, Giulia era diferente. Pero en aquel momento todos, o casi todos, salimos del aula simplemente enmudecidos. Algo totalmente nuevo se había colado felizmente en nuestro universo académico de adolescentes. Nunca se lo sabríamos agradecer suficiente a nuestro «inefable» director, yo por lo menos. Empecé a entender mejor el mundo. Teníamos, por suerte, en nuestra escuela de tinte progresista, una profesora marxista que nos enseñaba literatura. Hacía poco de «la capuchinada» en Barcelona.

Empezó explicando una anécdota, para mi perplejidad, de su esfera familiar, aunque quizá, como buena maestra, inventada. Nos narró una situación, en la que había apalabrado que fueran a hacer unos arreglos a su casa, pero había olvidado advertirlo a la familia. En el momento en que la empresa en cuestión llamó a la puerta, ella estaba trabajando y se originó una confusión importante. Así ilustró la «cuestión femenina», como se decía entonces, la discriminación de la mujer, la contradicción del papel del ama de casa, a partir de su sensación de culpabilidad por no haber sabido ser eficaz en su profesión y a la vez eficaz como ama de casa. Nos explicó la contradicción que de hecho ello supone pues ¿por qué esa sensación de culpabilidad que la mujer no debería sentir pero siente? Para mí fue casi instantáneo, mi mundo de niña adolescente adquirió desde ese momento un nuevo tinte.

Quizá mi memoria me engaña y sucedió en clases posteriores, pero mi recuerdo es que, a continuación, siguió en el mismo orden de cosas y pasó a hablar de la lavadora en la que se hacía la colada en su casa. Ello le sirvió para abordar el tema de los procesos de producción de dichas máquinas, la cadena de montaje, el trabajo de los obreros... La sorpresa iba en aumento. Presentó así un enfoque materialista de la historia, que le serviría de preámbulo para introducir su visión del estudio de la literatura, empezando por el papel de los/las «intelectuales» en la sociedad. La palabra nos era casi desconocida. Pasó a ser un talismán para mí a lo largo del curso. Era clase de literatura...

La sensación de estar en un universo nuevo se mantuvo a lo largo del año. Otra cuestión que recuerdo es que ella se enfadaba personalmente con la

gente que no aprendía. Se la veía profundamente afectada cuando comentaba los exámenes que no salían bien. Sé que por tanto pronto percibí que no sólo el enfoque de la materia, sino también la relación que Giulia establecía con su alumnado eran algo diferente a lo que estábamos acostumbrados. Por una parte por primera vez en una clase se hablaba de la realidad social, y en concreto se enfocaba e identificaba «mi» realidad individual, en el contexto de una asignatura. Por otra parte, la profesora se implicaba con el alumnado y exigía a su vez su implicación en el universo compartido de la materia y en el pensamiento crítico que nos mostraba, no simplemente «hacer lo que tocaba» o «empollar».

En cualquier caso, a mí, de mis estudios me interesaba en especial la lengua. Al margen de ello, también comprender el mundo desde la problemática de los parámetros en que se nos estaba educando a las niñas en esos años en la mayoría de las familias de nuestro país. Sus clases me lo permitían. Si bien desde el recuerdo actual, tanto la cuestión de la discriminación de la mujer como el materialismo dialéctico, después de aquella introducción, pasaron a ser la perspectiva desde la cual abordaba el estudio de la literatura, no tanto temas recurrentes. En realidad, lo que pienso hoy que verdaderamente me cautivó de la asignatura, a pesar de que creo que no fui consciente de ello, fue conocer el pensamiento dialéctico que persigue transformación y cambio. Eso era lo que yo necesitaba.

Al año siguiente yo quise dejar aquella escuela. Pero nos separamos por poco tiempo, ya que cuando entré a estudiar en la Universidad Autónoma, Giulia ya había conseguido salvar los obstáculos para poder enseñar en el lugar que le era propio. Volví a disfrutar de sus clases, literatura del siglo XVIII. Fueron la huelga de Seat, el asesinato de Puig Antich, la huelga de los profesores no numerarios, la muerte de Franco... Entonces es cuando entendí que comprender el mundo es el primer paso para intentar transformarlo. El aula y el mundo. Educación para transformar el mundo. El saber como compromiso social. Esa era la visión gramsciana que ella nos proponía ya a los 15 años. Para aquel entonces la vida ya no iba a ser nunca igual sin que antes de Giulia...

Años más tarde y ya pasado el período de la transición yo me dediqué a la docencia. Empecé a comprender lo que hoy escribo cuando analicé el papel que debía asumir en mis clases en la enseñanza secundaria y posteriormente en la universidad. Fue bonito comprobar que la forma de enseñar de Giulia Adinolfi era la que propugnaban desde el ámbito de la psicología del aprendizaje y de la didáctica las escuelas más avanzadas, Freire, Montessori, el socioconstructivismo vygotskyano, etc. Giulia era un caso claro de buena profesora según dichos parámetros a los que realmente desconozco si había lle-

gado a través del marxismo, en su vertiente de análisis del cambio social, por su inteligencia y sensibilidad, o por una formación pedagógica específica. Posiblemente una mezcla de las tres cosas. También fue evidente para mí que la cuestión de la mujer seguía siendo y es crucial en la educación de las niñas y adolescentes, tanto como la comprensión de los procesos materialistas de la historia. Me dediqué a ello durante años. Giulia me enseñó muchas cosas y también me enseñó a enseñar.

Por aquel entonces el movimiento feminista había iniciado un período de gran actividad, con campañas en torno a una diversidad de temas «pendientes» de la dictadura. Entretanto iba elaborando pensamiento. Giulia Adinolfi fue protagonista destacada en dicha elaboración de pensamiento de los primeros años de la transición en España. Su primera aportación importante fue la idea de los «valores de la subcultura femenina», que largamente sometió a debate previo en seminarios y tertulias antes de publicarla en forma de notas en esta revista. Ya estaba enferma. Los universos compartidos se habían ido multiplicando. La sensación de que se iba era angustiosa. Parecía durante un tiempo insoportable. Lo fue. Sólo la imagen de su belleza, de su viveza, de su fortaleza, y el recuerdo de su cariño, de su perspicacia e inteligencia y de su bondad la aplacan. Querida profesora, querida maestra, querida Giulia, querida.